

LA OTRA LUCHA DE CLASES

RAMIRO CRISTOBAL

ES hora de denunciar los manejos del gran capital financiero y de la gran empresa". Estas palabras no corresponden, como pudiera parecer a primera vista, a ningún exaltado líder sindical; fueron pronunciadas por uno de los participantes en la Asamblea General de la Pequeña y Mediana Empresa (CEPYME), celebrada el pasado día 18 de diciembre en Madrid. El antagonismo latente que existía entre la gran patronal, representada por la CEOE, y las pequeñas y medianas empresas acababa de estallar. La vicepresidencia vacante de la CEOE, reservada para el presidente de la CEPYME, quedaba sin cubrir y muchos modestos empresarios comentaban que esto se debía a la oposición de los grandes patronos a su nueva actitud, mucho más reivindicativa y agresiva. "Ha habido —decían los pequeños— un intento claro de desmontar la línea ideológica de la CEPYME".

La dimensión económica

Cerca de dos millones de pequeñas y medianas empresas españolas (el 99,7 por 100 del total) dan trabajo al 85 por 100 de la mano de obra y representan un 60 por 100 del porcentaje total de la cifra de negocios. Hoy como ayer, es posible seguir hablando de ese minifundio empresarial de la década de los cincuenta. Ciertamente se puede observar una relativa concentración a favor de la mediana empresa, pero fundamentalmente el panorama continúa siendo el que Tamames calificó como "atomización de la industria".

Son estos modestos empresarios, mal acostumbrados por una política de protección arancelaria del franquismo, los que hoy comprueban la dificultad que existe para acomodar sus estructuras a los nuevos tiempos de libertad sindical y de progresiva liberalización del mercado, tanto en el interior como por lo que respecta al capital extranjero. Los primeros signos de esa liberalización incipiente han bastado para dar por

tierra con centenares de empresas. Han bastado unos reajustes salariales, un relativamente elevado aumento de costos, un reflejo de la crisis exterior y una contracción de los créditos bancarios para que se descubriese toda la debilidad de un sistema económico donde el difunto dictador y sus ministros de Economía no habían dejado nada atado y bien atado.

Así descubrieron el "poujadismo" nuestros pequeños y medianos empresarios. Así se encerraron en una testaruda posición antidemocrática, porque según se les presentaba, la democracia era su ruina. Alguien interesadamente se encargó de traducirles a román paladino lo que estaba sucediendo: se trataba de la revolución de los "rojos", hoy infiltrados en el Go-



Enrique Miret Magdalena: presidente de la CEPYME.

bierno, con el apoyo y la complacencia de los rojos de las centrales.

Pero, junto a esta radicalización derechista de su conciencia pequeño-burguesa, los empresarios descubrieron la frecuente corrupción del gran capital. Aprendieron que en este país la gran empresa es filial de la gran Banca privada y naturalmente los créditos van siempre a estas industrias que, por cierto, sue-

len ser las menos necesitadas. Descubrieron también que es ley del capitalismo liberal la tendencia a la concentración y a la monopolización del mercado, de tal modo que la ruina de las pequeñas empresas es siempre, a la larga, un beneficio para las grandes, que van devorando lentamente su modesto lugar en el mercado.

Un destacado participante en la mencionada asamblea de CEPYME, el presidente de las PYME de Huesca, Luis Acín Boned, decía en relación al sistema crediticio lo siguiente: "Se nos dice que no hay dinero y vemos como hay quien accede a créditos y ayudas estatales y privadas, sin más requisito que llevar un ilustre apellido, tener miles de empleados o estar en Consejos de Administración de entidades financieras".

Pero esta corrupción, este nepotismo, digamos institucional, no es el único. Hay también el otro: una corrupción privada y tolerada. También fue Acín Boned el que se refirió al caso del Banco de Valladolid, cuyo presidente se "autoprestó 5.000 millones de los 19.732 que componían los depósitos ajenos de 'su Banco'". Efectivamente, el poco comentado caso del Banco de Valladolid, hoy bajo protección de la UVI bancaria, era resumido por "El País" (3-XII-1978) en los siguientes términos: "El grupo de empresas de Domingo López (presidente del Banco) disfruta de créditos y avales del Banco por valor próximo a los 6.000 millones, que suponen un 30 por ciento de los depósitos de la entidad. Otro 20 por 100 está también muy concentrado". Tenía razón el empresario citado cuando comentaba: "Un Banco que se las da de tal tiene invertido en dos señores el 40 por ciento de sus recursos ajenos. ¡Qué aplauso merece nuestro poderosísimo Banco de España como vigilante del sistema!". Y es que Domingo López (por cierto, impulsor y fundador del diario ultra-derechista "El Imparcial") no podía ignorar que según la ley un Banco no puede destinar más de un 2,5 por 100 de sus recursos a sociedades vinculadas.

Y hasta aquí la vertiente reivindicativa de las pequeñas y medianas empresas. Veamos ahora un aspecto distinto de la cuestión.

La dimensión política

CEPYME tiene una corta historia de huraña protesta. Se crea en septiembre de 1977 y su asamblea constituyente tiene lugar en Zaragoza. Son ya un reducido número de industriales de la pequeña y mediana empresa que empiezan a sentir las contradicciones de sus intereses con los del gran capital, representado por la CEOE. Tres meses más tarde celebra su primera asamblea y allí es nombrado presidente Agustín Rodríguez de Sahagún, entonces vicepresidente



Rodríguez Sahagún fue presidente de la CEPYME.

dente de CEOE y hoy ministro de Industria. Muchos dicen que la decisión de Rodríguez de Sahagún fue totalmente inesperada y que muchos jerifaltes de CEOE lo vieron como una maniobra personal del hoy ministro y como una "traición" a la unidad empresarial.

Sin embargo, eran los tiempos del gran enfrentamiento CEOE-Gobierno Suárez y de las vacilaciones de parte de la Ban-



La patronal bancaria acabaría controlando las organizaciones provinciales de la CEOE y no es un secreto para nadie la enorme influencia del presidente del Banco Popular y de la Asociación de Banca privada sobre el propio Carlos Ferrer Salat. En la foto, Salat, presidente de la CEOE, junto al ministro Abril Martorell.

ca privada para sumarse al proceso democrático, vía UCD. Siguiendo el viejo axioma del "divide y vencerás", la Administración aprovechó este foco de desunión en la patronal para presionar en el sentido conveniente y en el momento adecuado.

Como todas las organizaciones de masas, las PYME pasaron a ser la entidad más adulada y requerida por tirios y troyanos. Mientras la gran Banca y la gran empresa intentaban encuadrar a los pequeños en una gigantesca manifestación que moderase los ardores "socializantes" del Gobierno, el propio Gobierno trataba de crear una vía de agua en plena línea de flotación de los empresarios. Y ello a través de la joven CEPYME. En marzo de 1978 se nombraba ministro de Industria a su presidente, Rodríguez de Sahagún, y éste dejaba como sucesor a un hombre fiel y de confianza: González Cascos, que ha dimitido estos días con palabras de añoranza: "Con Agustín Rodríguez de Sahagún entre nosotros —dijo— todo hubiera sido más fácil. Su sustituto, González Estéfani, pa-

recs más independiente de unos y otros.

Vendría a coincidir este juego de la Administración con las declaraciones del presidente del INI, José Miguel de la Rica, publicadas en "El Empresario", órgano de la CEPYME, en el que se manifestaban una serie de intenciones por demás halagüeñas sobre la pequeña y mediana empresa. Y en el mismo sentido puede hablarse de algunas declaraciones de su antiguo patrón, Rodríguez de Sahagún, desde el Ministerio.

Claro que todas estas buenas palabras no suelen pasar de eso, porque a la hora de la verdad la gran familia de la gran Banca, la gran industria y UCD se reconcilia cada vez más y ya no hay lugar para molestas divisiones. La patronal bancaria acababa incorporándose (controlando) las organizaciones provinciales de la CEOE y no es un secreto para nadie la enorme influencia de Rafael Termes, presidente del Banco Popular y de la Asociación de Banca Privada, sobre el propio Carlos Ferrer Salat, presidente de CEOE. Influencia compartida, claro está, con Abril Mar-

torrell, a su vez en muy buenas relaciones con la Banca privada. UCD tiene, en el Congreso, 60 diputados empresarios y 36 senadores que ocupan cargos en empresas. Es decir, 96 parlamentarios empresarios en total (por 11 de AP, seis del PSOE y uno del PCE). El propio INI, tan bien dispuesto, al decir de su presidente, hacia la pequeña y mediana empresa, tiene entre sus cargos un buen número de hombres que, además de militar en UCD, han pertenecido o están estrechamente relacionados con la gran empresa privada. Muchas de las empresas del INI tienen como asociados a los grandes Bancos privados. Por lo que se refiere al capital exterior, ya son conocidas las conexiones de los ministros de Suárez (Garrigues, Landelino Lavilla, Iñigo Cavero, Fernández Ordóñez) con las grandes multinacionales americanas y europeas.

Tercera dimensión

Hace veinte o veinticinco años la situación de las pequeñas y medianas empresas en Europa, con respecto a la gran industria, era similar a la de España en la actualidad. Hoy, en Bélgica, por ejemplo, la cifra de negocio de las PYME es de sólo 20 por 100 del total y el número de sus trabajadores es del 25 por 100. En Inglaterra es de un 40 por 100 y un 50 por 100, respectivamente; en Suecia de un 30 y un 35 por ciento. En Italia, con cifras próximas a España, es de un 55 y un 65 (recuérdese que en España es 60 por 100 de la facturación y 85 por 100 del total de trabajadores). Sólo en Francia la facturación es mayor (un 65 por 100), pero el número de trabajadores es sólo del 60 por ciento. Esta enorme concentración industrial no tuvo lugar sin importantes debates y fuertes tensiones, mediante los cuales las PYME defendieron con uñas y dientes su propia existencia. Y lo hicieron en las mismas direcciones y en parecidos términos en que se está haciendo en España.

Hubo algunos pequeños y medianos empresarios que de forma parecida a como lo está intentando en España la COPYME, la otra organización de las PYME, tomaron una vía más progresista que, de una forma vaga, apuntaba hacia las posibilidades de mejores relaciones empresariales entre patronos y empleados, con cierta participación obrera en las decisiones de la industria. Se trataba así de evitar en la medida de lo posible la deshumanización del gran

capitalismo. Estas organizaciones patronales que llegaron a realizar importantes seminarios en el seno de la CEE, reivindicaban también aspectos técnicos de racionalización del trabajo e idoneidad de las PYME en ciertos sectores auxiliares. Factores, estos últimos, en que pusieron mayor énfasis otras organizaciones más "profesionistas", al estilo de CEPYME.

El tiempo demostró, sin embargo, que corría en contra de las pequeñas y medianas empresas. El keynesianismo imperante lanzó a los países desarrollados por la vía del consumo y las subidas salariales pasaron a ser el fundamental tema de acuerdo entre patronos y obreros, previa aceptación del binomio consumo-productividad. En este campo es donde las PYME encontraron mayores dificultades, porque su propia estructura les hacía difícil competir en productividad, en margen de beneficios y en posibilidades de aumentos salariales con las grandes empresas. Estos días estamos contemplando en España un ahondamiento de la pugna entre pequeños y grandes empresarios por la discusión de los convenios, y el problema que plantea a las PYME la posibilidad de que éstos sean unitarios, comprendiendo diferentes ramas y sectores, como parece querer la CEOE.

No obstante, de la misma manera, el tiempo demostró que la eficacia y la racionalidad obtenida por las PYME en determinados sectores, en ciertos ámbitos geográficos, con una financiación adecuada y no discriminatoria, era muy difícil de superar por los grandes monstruos monopolísticos. Se vio así que, en mayor o menor medida, las PYME han seguido existiendo, aún en un mercado crecientemente racionalizado según la lógica capitalista. Un gran porcentaje de PYME fueron eliminadas en este proceso de reajuste y esta desaparición no siempre debe achacarse a la voracidad o la prepotencia de los grandes. Ciertamente muchas no debían sobrevivir, aunque en muchos otros casos su desaparición fuera injusta.

En España comenzamos el proceso con unas estructuras demenciales y, por tanto, los estragos van a ser mayores, pero eso no quita para que siempre haya un futuro para la pequeña y mediana empresa. Todo ello si los demonios familiares de los españoles —la corrupción y la ambición de poder y mando— no impiden un resto de cordura. Lo cual, a la vista de lo que pasa, empieza a ser altamente dudoso. ■